



AÑO XXIX.

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

NÚM. 44.

CAPAS, PALETÓS Y TRAJES PARA NIÑAS Y NIÑOS.

BIENOTECOA  
MADRID  
MADRID



N.º 1.—Paletó para niña de diez á doce años.  
2.—Capa para niño de uno á tres años.  
3.—Paletó para niño de tres á cinco años.

N.º 4.—Capa para niña de seis á ocho años.  
5 y 6.—Capa para niña de doce á catorce años.  
7.—Traje para niño de cuatro á seis años.

N.º 8.—Traje para niño de tres á cinco años.  
9.—Paletó para niña de diez á doce años.  
10.—Traje para niña de cuatro á seis años.

(La explicacion de las figuras de esta página se hallará en la hoja de patrones núm. 20.)

NOVIEMBRE DE 1870.

Al presente número corresponde la hoja de patrones núm. 20, que repartimos anticipadamente con el núm. 42 de LA MODA.

Ayuntamiento de Madrid



**Sumario.**—Capas, paletós y trajes para niños y niñas.—Servicio de mesa y adornos de salón.—Dormitorio para señorita.—Canastilla de labor.—Alfabeto.—Modas de invierno para señoras y señoritas: Paletó Luisa; Talma Don Carlos; Paletó Beatriz; Paletó Dea; Paletó María Teresa; Paletó Camila; Paletó María; Paletó Luna; Paletó Augusta; Paletó Catalina.—Geroglífico. Explicación de varios grabados.—El claustro de las Capuchinas, cuento nocturno, por don Pedro Escamilla.—El martirio de una madre, novela de Enrique Conscience, traducida al castellano por la vizcondesa de Castelfido.—Ecos de la moda, por Léila.—Correspondencia, por la baronesa de Wilson.—Soluciones.—Advertencia.

**Servicio de mesa y adornos de salón.**

Ya recordarán nuestras lectoras que en el



COPA PARA EL LICOR.

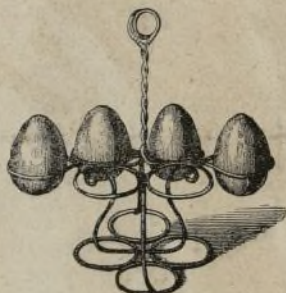


BOTELLA PARA EL AGUA.



COPA DE BRONCE.

**SERVICIO DE MESA Y ADORNOS DE SALÓN.**



HUEVERO.



BOTELLA PARA EL VINO.



COPA PARA EL VINO.



PIRÁMIDE DE PASTELILLOS Y DULCES VARIOS.



FRUTERO.

núm. 20 de LA MODA, correspondiente al presente año, publicamos un artículo titulado *Reglas de servicio doméstico*, al cual iba unido el dibujo de una *Mesa servida con diez cubiertos*. Muchas señoras abonadas de LA MODA, después de darnos las gracias por los útiles consejos y las interesantes explicaciones que aquel artículo contenía, nos han instado á que insertemos, por vía de aclaración, algunos mode-

los de buen gusto de las principales piezas que deben figurar en una mesa bien servida. Accediendo, pues, á tan justos deseos, que para nosotros son siempre órdenes, publicamos hoy una página entera ocupada con estos modelos, y además con varios adornos de salón de gusto irreprochable y de un mérito artístico notable.

Figura en primer término, por orden de utilidad, un servicio de cristal completo para una persona. Este servicio se compone de dos botellas, una para agua y otra para vino, y de cuatro copas, la primera para agua, las otras dos medianas para vino, pudiendo servir la mayor para el agua y vino, y la más pequeña para licor ó vino de postres; todas ellas

de cristal fino de Bohemia y de la misma forma y dibujo. La copa para el vino de Champagne, si se sirve, solo se diferencia de las anteriores en que es mucho más alta y estrecha.

El frutero, una de las piezas más lindas que pueden adornar una mesa, es de plata, ó bien de metal blanco plateado.



COPA PARA EL AGUA Y VINO.



JARRONES DE PORCELANA DE SEVRES.



COPA PARA EL AGUA.





*Vidquain fils, imp. Paris.*

## LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12. pral

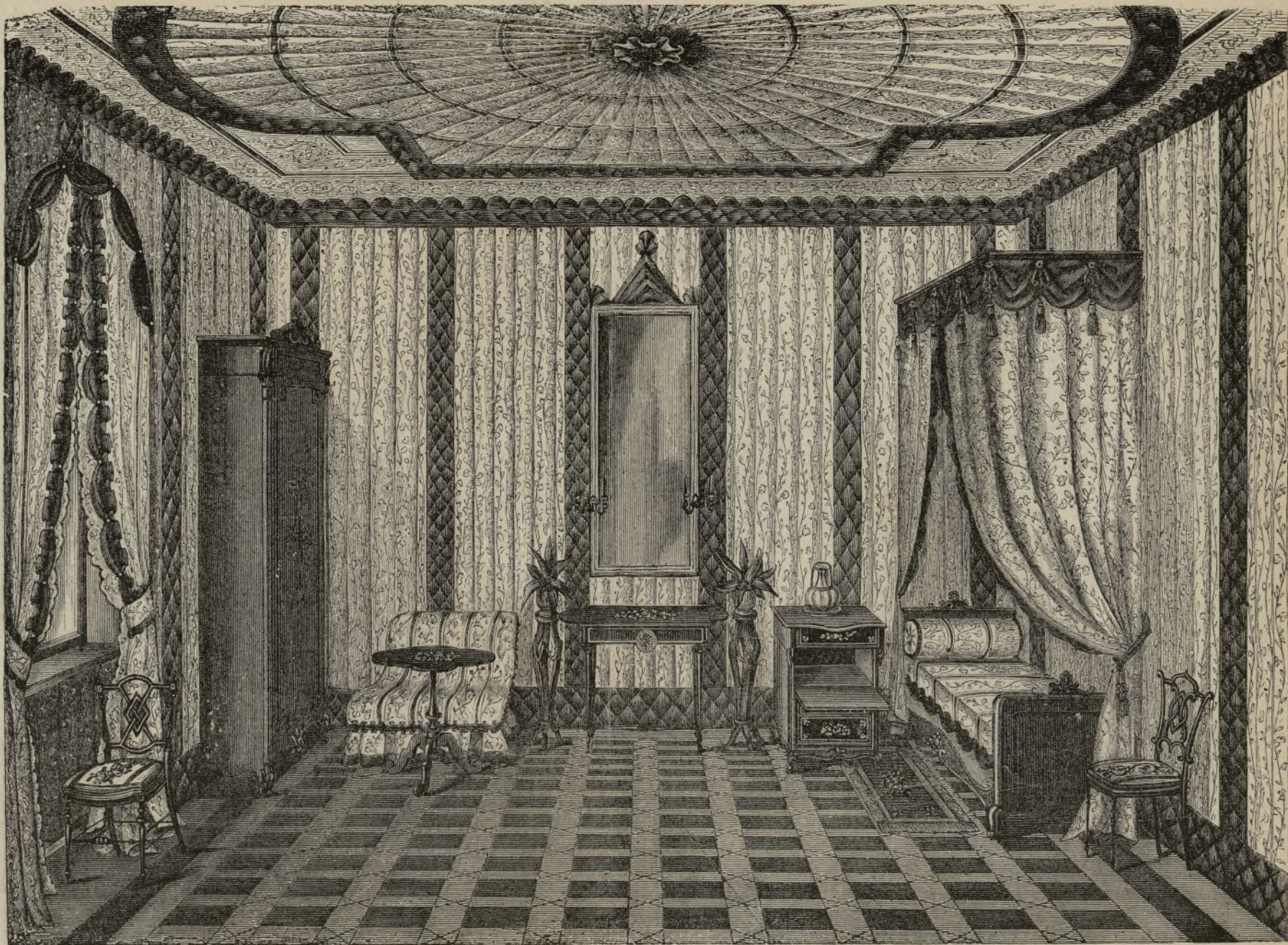
MADRID

Ayuntamiento de Madrid









DORMITORIO PARA SEÑORITA.

La pirámide de pastelillos y dulces varios se forma sobre una fuente redonda, que sostiene una gradería piramidal y va adornada en todo su alrededor con papel blanco calado: la gradería se cubre asimismo de papel plateado. Se colocan los pastelillos y dulces en la forma que indica el dibujo. Esta pirámide sirve principalmente para bautizos y aniversarios, y se la hace más ó ménos vistosa según á lo que se la destine; pero siempre ocasionará mucho ménos gasto que si se la compra ya hecha.

Los adornos de salón consisten en tres magníficos jarrones de porcelana de Sevres, que se colocan sobre una consola ó chimenea, y reemplazan el reloj de sobremesa, que va cayendo en desuso, ó mejor dicho, que no se ve ya en ninguna sala elegante. El otro modelo puede servir igualmente para reemplazar el reloj de sobremesa. Representa una preciosa concha labrada en bronce y sostenida por dos ninfas que están apoyadas en los dos lados del zócalo, sobre cuyas cabezas se ve un niño de pié en el zócalo y con los brazos abiertos. Este adorno es uno de esos ad-

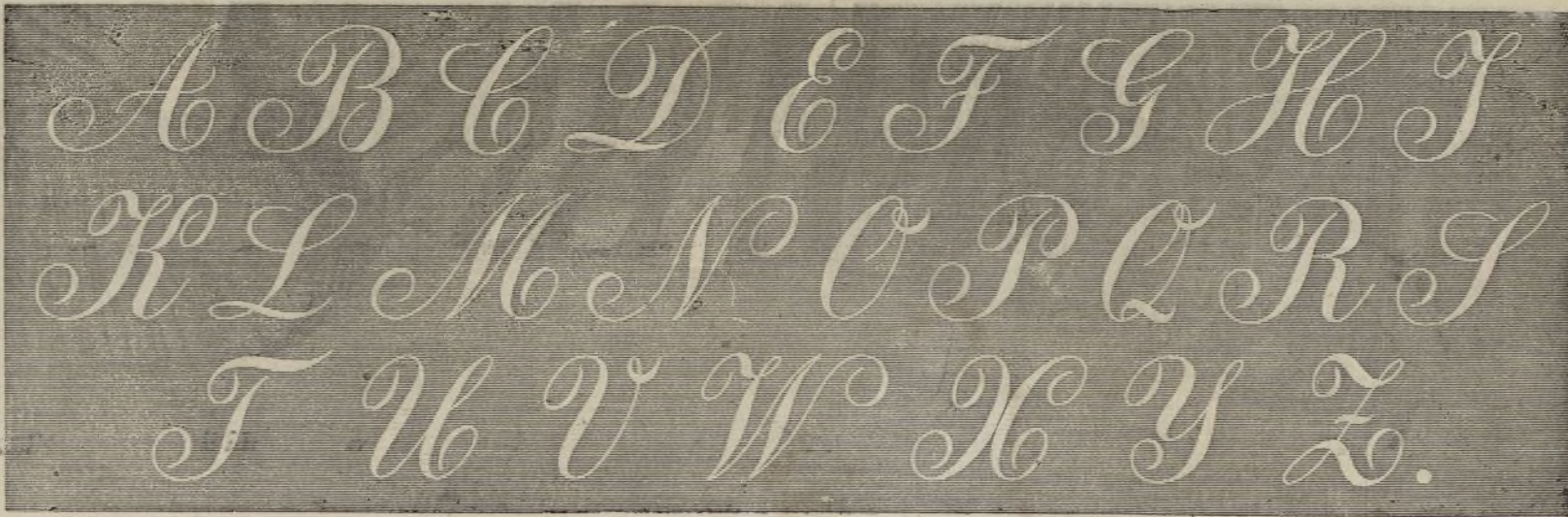


CANASTILLA DE LABOR.

mirables productos del arte y la industria combinada, que tanto llamaron la atención en la Exposición de París de 1867, y que desde entonces han empezado á generalizarse entre las personas de buen gusto. Á los lados de esta concha pueden colocarse dos candelabros, también de bronce y de un estilo análogo.

Dormitorio para señorita.

Esta habitación se reviste toda ella, paredes, muebles y pavimento, de tela clara, es decir, de diferentes matices combinados, según el gusto de la persona. El dormitorio representado en esta página va revestido de persacretona á listas azules y blancas. Este revestimiento va adornado de frisos verticales no muy anchos de tela de lana azul, respunteados con seda blanca, formando cuadros; frisos semejantes se ponen en los dos remates inferior y superior, formando el primero la cenefa y el segundo la



ALFABETO.





(Las explicaciones de los abrigos de esta plancha se hallarán en la hoja de patrones núm. 20.)

ABRIGOS PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

(Véase además el croquis numerativo que va en la última página del periódico.)

Ayuntamiento de Madrid



cornisa; este último va recortado en dientes ó curvas. Las cortinas de las ventanas y las de la cama son de la misma persa cretona, y su adorno consiste en una guarnición de tela de lana azul. Del mismo modo se revisten el sofá y las sillas. La colcha de la cama es igualmente de persa cretona, con guarniciones de lana azul. Una mesa de noche, una consola, un velador y un armario para ropa completan los muebles de este elegante dormitorio. Sobre la consola va colgado un magnífico espejo, cuya cornisa toca casi á la cornisa de la habitación. A los lados del espejo se fijan en la pared dos candeleros giratorios. A los lados de la consola, que forma el remate del espejo, se ponen dos macetas altas de salón, con plantas llamadas crasas.

#### Canastillo de labor (crochet).

MATERIALES: Hilo fuerte y torcido, gris; lana céfiro encarnada; trencilla de lana encarnada, de centímetro y medio de anchura; anillas ó aros de acero; muselina de lana encarnada, papel, etc.

Hasta 8 centímetros de su borde, esta canastilla va revestida de una labor al crochet hecha con el hilo gris; en cada cuadro del crochet se labra una motita con lana encarnada. Las anillas ó aros de acero, revestidas de tela de lana encarnada, dan á la canastilla la necesaria solidez. Además, por la parte interior se ponen bolsas. Para hacer esta canastilla se necesita un aro de 70 centímetros de largo, otro de 48 centímetros de largo y 8 anillas de 9 centímetros de largo, las cuales se revisten de muselina de lana encarnada, como ya se ha dicho. Cada cuadro de crochet se compone de 9 mallas al aire, una malla simple. Las motitas de en medio se componen de mallas simples. Cada bolsa tiene 45 centímetros de ancho por 9 centímetros de alto, y se corta doble de muselina de lana. En su borde superior cada bolsa va guarnecida con un rizado de cinta de lana encarnada. Lleva esta canastilla un asa también de cuero, forrada con un rizado de cinta de lana encarnada: un rizado igual guarnece el contorno exterior de la canastilla.

#### Alfabeto.

Las letras de este alfabeto se emplean para marcar fundas de almohadas, camisas y otras prendas análogas, y se bordan al punto francés con algodón blanco fino.

### EL CLÁUSTRO DE LAS CAPUCHINAS.

#### CUENTO NOCTURNO.

El testamento del tío Bautista estaba concebido en los siguientes términos:

«Dejo á mi sobrino Beltran las botas que se encuentren al pie de mi lecho en el día de mi muerte.»

¡Pardiez! ¡No era esto para desesperar á cualquiera?

¡Un hombre que pasaba en el pueblo por ser inmensamente rico, era capaz de concebir un testamento tan original y extraño!

Es verdad que el tío de Beltran había tenido siempre la mala costumbre de ocultar el dinero á todo el mundo; pero no era ménos cierto por ello que todo el mundo también sabía que el viejo avaro tenía el riñon bien cubierto, como vulgarmente se dice.

¡Y haber redactado su última disposición de un modo tan escandaloso!... ¡tan atentatorio á las tradiciones del parentesco!

Así es que Beltran bramaba cuando lo supo á ciencia cierta.

El pobre muchacho había contraído en Madrid muchas deudas, deudas enormes; pero la esperanza de la próxima muerte de un tío rico se lo permitía, como el dinero permite el lujo, y como permite y autoriza el invierno los sabañones.

Beltran vivía en la corte como un presunto capitalista; todo el mundo le prestaba, todas las bolsas de los que tenían algo en ellas le estaban siempre abiertas, porque todos sabían que de la noche á la mañana el nuevo hijo pródigo recobraría su legítima, con el auxilio oportuno de algun ataque de gota ó un acceso formal del reumatismo.

El tío Bautista estaba ya muy viejo y para pocas bromas, razón de más para esperar un bromazo de la suerte.

Un día recibió una carta de uno de los albaceas, comunicándole el *infausto* suceso tan ardientemente esperado. Beltran derramó una lágrima con el ojo izquierdo, guiñando el derecho á sus acreedores, como diciéndoles:

—¡Ya pareció el peine!

Y aquella misma noche tomó un billete de primera clase en el ferro-carril del Norte, haciendo interiormente los propósitos más extraordinarios de grandeza y esplendor.

Se proponía quintuplicar la fortuna de Lhardy por medio de los más excelentes banquetes, y oscurecer la fama de Crespo, porque repito que el tío Bautista pasaba por uno de los hombres más avaros y más ricos de la comarca.

Aquella vez fué la primera que Beltran encontró el vapor de la locomotora pesado como una galera de principios del siglo.

No hallaba relacion ninguna entre su impaciencia y la velocidad de los wagones.

Es verdad que en aquella ocasion le hubiera parecido tardo el telégrafo y aún el relámpago, á ser empleados, si posible fuera, como medios de locomoción.

Pero, en fin, en este mundo todas las impaciencias tienen su término, y la de Beltran no había de formar la excepción de la regla.

A las dos de la mañana se apeó en la estacion, y tomó

asiento en un carruaje que conducía á los pasajeros á un pueblecito de la provincia de Ávila.

Beltran se dirigió á casa de su tío, donde le esperaba una anciana sirvienta.

A pesar de lo estemporáneo de la hora, quiso avisar de su llegada á los albaceas para abrir inmediatamente el testamento; pero un sentimiento de caridad le contuvo.

Los albaceas estarían durmiendo á pierna suelta, y no era cosa de incomodarles.

Ahora bien, ya que estais en antecedentes, figuraos cuál sería el furor de Beltran al ver que la anhelada herencia estaba reducida á un par de botas.

Aun tuvo que sufrir la sonrisa sarcástica de los amigos del difunto.

Beltran hubiera querido encontrarse en presencia del muerto para deshacerle á bocados, por más pariente que fuese, porque aquella mistificación reclamaba la más sangrienta venganza.

El burlado joven recorrió todos los rincones de la casa, desde la cueva al desván, estremeciéndose de alegría al ver un clavo en la pared ó una punta saliente, creyéndola algun resorte que comunicaría con el sitio donde estaba oculto el tesoro.

Pero ¡ay!

En vano se entregó Beltran á esta operacion.

Las paredes devolvían siempre á sus nudillos un ruido seco é igual, un ruido que no denunciaba la más ligera sombra de escondite; los sillones no pesaban más de lo regular; los cajones de la cómoda tampoco tenían doble fondo.

Nada... nada...

*Lasciate ogni speranza.*

Allí el único desahogo posible era echar un par de maldiciones á la memoria de aquel pariente ingrato, cuya avaricia no le permitía soltar la presa que para nada le servía ya; de aquel burlador de ultra-tumba, que había muerto gozándose en la desesperacion de su sobrino.

Así pasó Beltran cuarenta y ocho horas sumido en un horrible estupor; atontado, sin idea, casi idiota.

Por último, quiso ver y hacerse cargo de la magnífica y colosal herencia de su pariente.

Al efecto pidió á la vieja Bárbara las botas en cuestion, abrigando la esperanza de que pudieran servirle para andar por el pueblo en tiempo de lluvias.

¡Gran Dios, qué botas!

Aquello era ya lo épico de la burla.

Se las hubierais dado á un mendigo y las hubiera arrojado por la ventana.

Era un par de botas de esas que desechan los aguadores y desdennan los barrenderos: la piel estaba apolillada, la suela rota; tenían nidos de chinches, barro de diez ó doce inviernos, y no sé qué otras superfluidades más: las cañas no servían ni aun para cañas de escoba... en fin, costaba trabajo adivinar su primitivo uso.

—¿Pero qué es esto? decía Beltran interiormente; ¿estaría loco mi tío al morir, ó qué es lo que se propuso?

¡Ay, Dios! ¿Quién era capaz de adivinarlo?

¿Calcularía el tío Bautista que los excesos y dispendiosas prevaricaciones de su sobrino le llevarían al extremo de meter sus piés en aquellas botas?

¡Pero si esto no era posible, porque equivalía á andar descalzo!

Beltran, en un acceso de ira, arrojó una de las botas contra la pared.

A aquel golpe tan brusco acabó de desprenderse la suela, y por el sitio que llaman los zapateros el enfranque, apareció un papel súcio y amarillento.

El joven se precipitó creyendo al pronto que era un billete de Banco; pero más tarde se convenció con pena de que no pasaba de la categoría del papel *costera*.

Sin embargo, allí había andado la mano de su tío.

Beltran reconoció la letra, que parecía caracteres caldeos.

Se apresuró á desdoblar el papel, y leyó:

«Querido sobrino: el primer día en que éntre la luna en su segundo cuarto, y á las diez en punto de la noche, irás al derruido cláustro de las Capuchinas: en el arco de entrada verás que el astro nocturno dibuja en el suelo una mano cerrada; sólo el dedo índice está extendido: esto es un efecto puramente casual, y he tenido ocasion de observarlo; la combinacion de los adornos de la fachada forma dicha figura en el pavimento: pues bien, cócate precisamente encima de esa mano, y fija tu vista...»

Aquí los caracteres empezaban á estar borrosos; el escrito seguía así:

«...Ángulo izquierdo... Samaritana... derecha ánfora... din... evitar... intenciones...»

Beltran terminó la lectura en medio del mayor sobresalto.

¿Qué era aquello?

Desde luego comprendió que allí se encerraba un gran misterio; que tal vez aquel papel era la clave para descubrir una herencia mucho más real y positiva que un par de botas.

Volvió á leer y releer el escrito.

Pero ¿con qué palabras se llenarían las lagunas que había en los últimos renglones?

La fatalidad había hecho desaparecer la tinta precisamente donde más necesaria era.

Beltran buscó una luz conveniente para ver si podía descifrar las palabras que faltaban, aunque sin conseguirlo.

La tinta se había borrado completamente.

¿Por qué había obrado su tío de una manera tan escéntrica y original?

¿No hubiera sido mucho más lógico decirle:

—Mira, ahí en el fondo de mi gaveta tienes á tu dis-

posicion veinte, treinta ó cuarenta mil duros; haz que me digan una misa barata por el descanso de mi alma, y lo demás te lo comes en mi nombre.

En fin, no teniendo otro remedio, guardó el documento en el bolsillo, y fué á consultar el Calendario.

Aun tenía que esperar tres días para el segundo cuarto de luna; tres días que le iban á parecer tres eternidades.

Para distraerse y tomar antecedentes, aquella misma tarde dirigió sus pasos hácia el sitio dedicado en el escrito de su tío.

Como á un tiro de fusil de las últimas casas del pueblo, se alzaban las ruinas de un antiguo convento de capuchinas, que nadie entre los vecinos había conocido; tal era su longevidad.

De aquella magnificencia no quedaba en pie más que un cláustro formando ángulo.

El lienzo de pared donde se veía la puerta de entrada, se apoyaba por la derecha en las ruinas de la iglesia; aquello estaba completamente destruido, y por la izquierda hacia, como ya he dicho, un ángulo recto, siguiendo el cláustro en veintidos arcos hasta el pie de una colina, de modo que del antiguo paralelogramo sólo se conservaban dos lienzos.

Como coronamiento del cláustro había una cornisa de piedra y encima una galería, donde de trecho en trecho se ostentaban magníficas esculturas representando mujeres del antiguo y nuevo Testamento.

Al final del lienzo de la izquierda había una escalera, también de piedra, que ponía en comunicacion la galería y el cláustro bajo.

La arquitectura del edificio era del Renacimiento, y entre exquisitos calados hechos de un modo magistral, se veían ángeles moletudos con canastillos de acantos y granadas, como antiguamente las esfinges en las pagodas de Luxor y de Ecbatana.

Era aquel sitio delicioso y tranquilo, que en una siesta de Julio convidaba á leer ó á meditar: se notaba todavía en él algo del monasterio; había silencio y olor á incienso. Las cigarras en el estío no se atrevían á cantar fuerte, y las aves nocturnas tenían miedo de hacer sus nidos en aquel recinto.

Beltran le recorrió en todas direcciones; pero su mente, ocupada con el papel que llevaba en el bolsillo, no hizo gran caso de la mística poesía que allí se encerraba.

Por último, al toque de la oracion regresó al pueblo.

Pensaba aún en las cuarenta y ocho horas terribles que era forzoso esperar.

¿Y al cabo lograría poner en claro aquel enigma? Porque en resumen no caminaba más que tras un logogrifo, una charada, cuya solucion estaba en manos de la casualidad.

Llegó, en fin, la noche tan ardientemente deseada.

Por fortuna era en Junio; el tiempo estaba claro y despejado, y la luna lucía en todo su esplendor.

Beltran pensó con terror en una súbita tempestad que hubiera eclipsado precisamente á aquella hora el astro de la noche.

Eran las diez menos cuarto cuando llegó al umbral de la puerta del cláustro.

El joven esperó á que sonaran las diez: no quería ni podía ser tampoco adelantar ó retrasar el instante.

Compadecido el reloj de su ansiedad, marcó la hora.

Beltran penetró en el cláustro.

Efectivamente, los rayos de la luna, infiltrándose por entre los adornos de piedra que recortaban los arcos, dibujaban una mano perfecta en el enlosado, aún cuando era preciso estar advertido como Beltran para reparar en ello.

El joven colocó ambos piés sobre el dedo índice de aquella mano cabalística; despues se fijó en el ángulo de la izquierda.

¿Pero y luego?

Luego... de sus instrucciones no podía sacar nada en limpio.

*Izquierda, Samaritana, derecha, ánfora*, decía el papel; pero esto era muy poco... no era nada.

En efecto, desde allí se veía la Samaritana; era la última figura de la izquierda, la que estaba junto á la escalera que conducía del cláustro á la galería.

Una hermosísima escultura, iluminada de perfil por la luna, lo cual la daba un aspecto más fantástico aún, porque era más fuerte el efecto del claro-oscuro.

La joven descansaba en la fuente ántes de llenar su ánfora: tal vez esperaba la llegada de Cristo.

Beltran la contemplaba casi con arrobamiento.

De repente se estremeció y pasó una mano por sus ojos, creyéndose víctima de una ilusion terrible y misteriosa.

Pero no; la figura de la Samaritana se movía en su pedestal de piedra como la estatua del Comendador.

Beltran retrocedió espantado, guareciéndose bajo el arco de entrada, pero sin ser dueño de apartar los ojos de aquel prodigio.

La Samaritana avanzó hácia la escalera; bajó uno por uno los peldaños de piedra... Beltran la veía moverse y andar... oía el ruido de sus piés... no era posible engañarse.

La figura atravesó el cláustro, dirigiéndose hácia las ruinas de la iglesia, donde permaneció arrodillada un buen espacio de tiempo.

Despues hizo la señal de la cruz; se puso en pie, tomó su ánfora, y volvió á subir la escalera colocándose otra vez en el pedestal.

El joven estaba casi demente... y motivo había para ello.

Por un lado el escrito original de su tío; por otro lo que acababa de ver.



¡Cómo! ¡Una figura de piedra andar de aquí para allá, ni más ni menos que si fuera de carne y hueso!

Por otra parte, ¿qué relación había entre el tío Bautista y la Samaritana?

Hubo un momento en que se creyó víctima de una alucinación.

Pero no; él recordaba perfectamente cuanto había pasado, y no era posible engañarse hasta ese punto.

Volvió á colocarse otra vez en el sitio indicado por su tío y á dirigir sus miradas hacia el ángulo del claustro.

La escultura estaba rígida, inmóvil; apenas la hubiese movido un temblor de tierra.

Por último, al cabo de dos horas de pesquisas inútiles, Beltran regresó á su casa y se metió en el lecho, aunque sin poder conciliar el sueño en toda la noche.

Estaba deseando que amaneciera, por ver si con la luz del nuevo día alcanzaba á descifrar el extraño misterio.

Acababa apenas de salir el sol, cuando se dirigió nuevamente al claustro de las Capuchinas.

Su primer cuidado fué ver si la Samaritana había desaparecido.

La escultura estaba allí, en su nicho de piedra, apoyándose en aquella ánfora destinada á no llenarse nunca.

Era una bellísima obra de arte, en la que el escultor había echado el resto.

Su rostro conservaba en toda subelleza el tipo judaico: la línea de la nariz era correcta, y la boca se dibujaba de una manera irreproachable.

Beltran, para verla de más cerca, subió por la escalera hasta la cornisa.

En un momento de vacilación apoyó su mano en la figura para convencerse de que no era de carne: tocó una cosa fría y dura; piedra, en fin.

Es lo cierto que con la brillante luz del día llega uno á dudar de lo que ha visto por la noche; y tan es así, que el joven soltó la carcajada, creyendo firmemente que la noche anterior había soñado estando despierto.

El recuerdo de la herencia volvió otra vez á su imaginación.

Sacó de su bolsillo el misterioso papel, y leyó de nuevo.

Pero siempre en ansiedad, concluía por estrellarse en las palabras borradas, en aquella laguna misteriosa que no sabía cómo llenar.

Indudablemente, de un modo ó de otro, el tío Bautista se había propuesto desesperarle, acabar con su paciencia, y ésta iba ya tocando á su término.

Aquella noche, á las diez en punto, volvió al indicado sitio, que empezaba á ser más habitado por él que su propia casa.

No bien había fijado sus ojos en la Samaritana, cuando, como en la noche anterior, la vió agitarse, descender por la escalera y dirigirse á las ruinas de la iglesia, donde se puso en oración.

Beltran, aturrido, loco, salió del claustro y echó á correr sin dirección fija, buscando un sitio donde pudiese respirar libremente la fresca brisa de la noche.

Esta escena se repitió cinco veces seguidas.

Y no pudiendo engañarse en vista de la realidad, Beltran dedujo después de maduras y serias reflexiones, que la Samaritana del claustro de las Capuchinas vivía y alenataba...

Pero aún dedujo otra cosa más terrible. Que se había enamorado de ella.

Efectivamente, el joven ya no pensaba en la herencia, ó por mejor decir, esto era una cosa secundaria para él.

Se pasaba en el claustro los días y las noches, sin dejarse más tiempo que el necesario para tomar algún alimento en casa, porque ni aún dormía.

Esta conducta tan extraña empezó á llamar la atención en el pueblo, y todos se preguntaban qué tendría que hacer aquel joven en el claustro de las Capuchinas.

Pero esto nada le importaba.

Por el día, fijos sus ojos en la escultura, sonreía con amoroso arrobamiento esperando ¡insensato! que la piedra le devolviese aquella sonrisa.

De noche, agazapado en el claustro, la veía bajar y dirigirse al sitio donde acostumbraba á hacer su plegaria.

Esto llegó á ser para él de una necesidad imprescindible; verla de día, de noche; tenerla en la imaginación cuando no estaba en su presencia... adoró á aquella mujer, mitad de piedra, mitad de carne... aquella mujer á quien le unía un lazo misterioso por lo que llegaba á desprenderse del escrito de su tío...

Beltran llegó á olvidarlo todo... hasta se olvidó de sí mismo, porque apenas comía, y de un mes á aquella fecha, el sueño no se acercaba á sus párpados.

Pero al cabo de algún tiempo esta adoración solitaria y muda ya no le satisfacía.

Le era preciso acercarse á ella, hablarla, confesarle su cariño y ver si era correspondido.

¡Hablar á una mujer de piedra!

Pero también ¡moverse, andar una mujer de piedra!

¡Oh! ¡por qué al morir el tío Bautista se había acordado del claustro de las Capuchinas y de la Samaritana!

Una noche, cuando la figura regresaba á su nicho secular, después de haber hecho oración, Beltran se adelantó cautelosamente de pilar en pilar hasta acercarse á ella.

La Samaritana dió un grito, dejó caer el ánfora y huyó precipitadamente por la escalera.

Beltran la había espantado.

Después...

En vano volvió á esperarla; ya no bajó de su pedestal ninguna noche.

Beltran lloró y maldijo aquel arranque de impaciencia.

Estaba loco.

Las gentes del pueblo le habían visto muchas tardes arrodillado á los pies de la estatua, hablándole con cari-

ñosa expresión, pidiéndola que bajase como antes... Pero la piedra ni aún se dignaba reparar en él; rígida é inmóvil, rechazaba sus plegarias.

Entonces el joven se dirigió á la tumba de su tío, suplicándole que se dignase romper aquel encanto.

Las cenizas, lo mismo que la piedra, estaban sordas á su voz; ni la más leve sombra de aparición salió por entre la tierra del cementerio.

Una noche, mientras que Beltran estaba, según costumbre, en el claustro, estalló una violenta tempestad.

El joven, guarecido bajo los arcos, contemplaba el majestuoso fragor de la tormenta.

La lluvia caía á torrentes; el trueno ensordecía el espacio, retumbando de árbol en árbol, de peña en peña, y el relámpago hendía el cielo en todas direcciones, adhiriéndose á todo punto saliente, al ramaje de los brezos y de las retamas, pintándose en los mil cristales de las ventanas y en las cruces del enrejado.

Cada vez que sus igneos resplandores azotaban la tierra, Beltran veía el perfil de la Samaritana, destacado en esa tinta amarillenta y azulada del relámpago.

Parecía que le rodeaba una aureola de fuego.

De pronto un trueno más fuerte que los demás, hizo estremecer el claustro.

Beltran sintió una conmoción eléctrica y un deslumbramiento extraordinario: flaquearon sus piernas y cayó al suelo.

Cuando recobró el conocimiento, la luna lucía en todo su esplendor; la tempestad se alejaba rugiendo todavía.

Y con la reciente lluvia las flores silvestres despedían ese olor acre y fuerte, al cual no hay ningún perfume que se le compare.

El joven se dirigió instantáneamente hacia el objeto de su cariño.

¡Dios de Dios!

En primer lugar, la cabeza de la Samaritana ya no existía; sólo había en su lugar pedazos de piedra ennegrecidos por el rayo.

Pero en el suelo, y dentro del ánfora medio destruida también, se veía una considerable cantidad de onzas de oro... aquellas buenas onzas de Carlos III y Carlos IV, formando un hermoso montón, donde se quebraban los rayos de la luna.

Entonces comprendió Beltran las palabras que faltaban en el manuscrito de su tío, completándole de esta manera:

*«Fija tu vista en el ángulo de la izquierda: verás la figura de la Samaritana; en la parte derecha del ánfora hay una incisión donde he guardado el dinero para evitar malas intenciones.»*

El joven, que tres meses antes había ido al pueblo en busca de una herencia, dió entonces un puntapié al dinero, fijó con el mayor dolor sus ojos en la cornisa de la galería, y buscando el querido semblante de su Samaritana, rompió á llorar...

Después...

¡Dios mío! Después desperté: un hermoso sol de Junio entraba por mi ventana hasta la cabecera de mi lecho.

¡Ah! ¿Qué pasó?

Una cosa en extremo sensible.

Me había dormido la noche anterior forjando en mi mente el plan de un cuento fantástico, y soñé con el claustro de las Capuchinas, Beltran, la Samaritana y la herencia del tío Bautista.

Por lo demás, todo ha podido pasar muy bien, aún cuando yo no tengo noticia de ello.

PEDRO ESCAMILLA.

## EL MARTIRIO DE UNA MADRE.

NOVELA DE

ENRIQUE CONSCIENCE,

TRADUCIDA POR

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

Catalina meditó un largo rato, y repuso:

—La cosa es quizás más sencilla de lo que parece, y se explica, en efecto, por las revelaciones que ha hecho Elena. El conde, cuando se casó con su criada, era ya viejo. Para que la condesa obtuviese, después de su muerte, la administración y el goce de su caudal, era necesario un hijo de este matrimonio. Pues bien; ella ó ese tuno de Matys seducirían la nodriza de Laura, y harían pasar la pobre criatura por hija del conde. He oído contar muchas historias que se parecen á esta.

—Ciertamente, esta suposición es la más lógica y racional, respondió la viuda; pero de cuán espesas tinieblas no se halla rodeada? ¿No enviamos á Isabel á casa de la nodriza, y vió á mi hija amortajada y con una corona de siemprevivas en la cabeza? ¿No la colocó ella misma en el ataúd y permaneció al borde de la sepultura hasta que su pobre cuerpecito quedó enteramente cubierto de tierra?

—Impostura, tal vez, y mentida apariencia, Marta, puesto que Laura vive, y vive en Orsdaël.

—Efectivamente, en esa tumba yace todo el misterio. ¿Pero cómo descubrirlo? ¿Dónde hallar la luz que nos guíe? ¿A quién enterraron en lugar de mi pobre Laura? Terribles problemas que zumban desde hace tres días en mis oídos y me persiguen como fantasmas amenazadores. Es preciso que yo los aparte y dé algún reposo á mi imaginación sobrecitada; pues si continuara así, me volvería

loca. ¿Por qué mueve usted de ese modo la cabeza, Catalina?

—No quisiera afligirla á usted, Marta.

—Hable usted, mi querida amiga.

—¿Y si la señorita de Bruinsteen no fuese su Laura?

—¿Duda usted aún?

—Las palabras de la nodriza moribunda fueron tan vagas! Su confesión fué interrumpida por la muerte. ¿Qué iba á decir? Usted no lo sabe.

—No; pero lo que dijo lo sé muy bien. Su hija de usted vive... la hija de la señora de Bruinsteen. ¿Qué significan estas palabras? Si mi hija vive, debe estar en alguna parte. La moribunda me indica dónde debo buscarla. Vengo aquí. Encuentro una joven de la misma edad de mi Laura; la tiranía de que es víctima inocente me prueba que la condesa de Bruinsteen no es su madre; además, es el vivo retrato de su malogrado padre... y luego la voz de la sangre me está diciendo á gritos: «¡Esa es tu hija, tu querida Laura!» Y la misma voz la arroja en mis brazos y la impulsa á besarme, como solamente á una madre se besa. ¿Y duda usted aún, Catalina; duda usted de una verdad de que estoy tan segura como de mi propia existencia?

—Veo que no tengo razón, murmuró su amiga. Ese secreto me atormenta no obstante, y creo que daría gustosa diez años de mi vida por aclararlo. ¿Qué piensa usted hacer para descubrir tan profundo misterio?

—Aguardar y ver si algún medio propicio se presenta. Uno de estos medios depende de los progresos que he de hacer en la privanza de los tiranos de mi hija. Si pudiese averiguar la causa secreta de la autoridad de Matys en Orsdaël, habría dado un gran paso. Ya sé que la condesa tiene un odio profundo á su intendente, y que le trata de estúpido, miserable y hombre falso, y que al mismo tiempo no quiere despedirle, porque, según dice, le prestó en otro tiempo servicios importantes. ¿Qué servicios son estos? Matys no aborrece menos á la condesa, y se alaba de que su voluntad es para ella una ley. Ese extraño dominio de un criado sobre su señora, esa sumisión de una señora á su servidor, á quien desprecia y aborrece, ¿qué quiere decir? ¿Es, quizá, el temor recíproco de dos cómplices de un crimen? ¿Y cuál es este crimen? ¡Ah! yo lo sabré: Dios y el amor materno me iluminarán y me darán fuerzas.

—La posición de usted es sumamente penosa y está erizada de peligros, replicó Catalina con una expresión de inquietud profunda. ¿Intenta usted ganar al mismo tiempo la confianza de Matys y de la condesa? Semejante cosa es imposible, y temo, con razón, que la despidan á usted pronto de Orsdaël. Siga usted el consejo que le he dado; procure usted conservar las simpatías de Matys sólo.

—Es el mismo Matys quien me ha mostrado cómo debo halagar á la condesa, respondió la viuda. El intendente desea que yo haga todo lo posible para alcanzar su confianza.

—No lo comprendo. ¿Qué secreta intención puede guiarle?

—Me ha dicho que mi despedida de Orsdaël le afligiría profundamente, y accede á sacrificar una parte de su odio con tal de que yo no me vaya. Me dirige amables sonrisas y me hace señales de inteligencia cual si me conociese diez años há.

—¿Qué dice usted! ¿Estará prendado el intendente de sus nobles atractivos?

—No comprendo el sentimiento ó la oculta idea que le impulsa á obsequiarme de ese modo con demostraciones repetidas de amistad. Más de una vez, desde mi llegada al castillo, su familiaridad me ha hecho temblar de angustia é indignación. Si algún peligro existe para mí en Orsdaël, es el afecto y la simpatía de Matys. Me aguarda en los corredores del castillo para poder decirme al vuelo alguna palabra cariñosa; me mira de un modo particular, que me humilla y me exaspera. Poco há, cuando le pedí permiso para venir aquí, me cogió la mano y me la estrechó. Yo tuve que recordar el inmenso sacrificio que he aceptado por amor á mi pobre hija; de lo contrario...

Al llegar aquí, se detuvo de repente; el guarda-bosque acababa de presentarse en el dintel de la puerta, y había murmurado entre dientes: los buenos días.

—Hasta la vista, mi buena Catalina, dijo el aya levantándose; es hora de que me vuelva al castillo, donde mi prolongada ausencia estará causando ya alguna extrañeza. El señor Matys me ha prometido hablar á la condesa á fin de que se me permita mañana dar un paseo por el jardín con la señorita. Quizás podré hablar un momento con usted.

—Buenos días, Andrés; perdóneme usted si Catalina ha descuidado un poco sus quehaceres por mí. ¡Dos antiguas amigas tienen tantas cosas que decirse!

El guarda murmuró algunos cumplimientos, y Marta salió de la casa rápidamente; pero Catalina, que la había seguido, la detuvo á poco rato diciéndola en voz baja:

—Marta, aguarde usted un momento. Se me ha ocurrido una idea, y temo, por las palabras que le he oído, que haga usted imposible su realización. Yo hablo á menudo con el intendente, que no desconfía de mí. Hace ya dos ó tres años que desea contraer matrimonio. Es su idea fija; pero no es nada contentadizo, y sueña con una mujer honrada, bien educada y hermosa. ¿Quién sabe si se imagina que es usted la mujer que había buscado en vano hasta ahora? ¿Quién sabe si habrá surgido en su corazón un sentimiento de amor verdadero?

—Me asusta usted, Catalina.

—¿Y por qué?

—¡Amor! ¡Amarme el verdugo de mi hija! ¿Y tendría yo que ver eso y sufrirlo con paciencia? ¿Y habría de responder, por lo menos en apariencia, al afecto de ese hombre vil y malvado? ¡Dios mío, libradme de semejante prueba!



—No, Marta; ruegue usted á Dios, por el contrario, que se sirve de los malvados mismos para castigar el mal. Si Matys se hubiese prendado de usted, el secreto no podría tardar mucho tiempo en descubrirse. Finjale usted amistad sincera. Siempre hallará usted en el odio que le inspira el opresor de Laura, fuerza suficiente para detenerle en los límites del respeto; pero créame usted: no le quite usted la esperanza. Se trata quizás de la dicha de usted y de la libertad de su pobre hija. Yo la ayudaré á usted con todas mis fuerzas y ponderaré sus méritos á los ojos del intendente, de manera que si duda se ó vacilase aún, no tardará en estar completamente ciego. Vámos, ¿me asegura usted que no retrocederá ante esta prueba decisiva?

(Se continuará.)

## ECOS DE LA MODA.

### LOS PALETÓS DE INVIERNO.

Por fin tenemos el gusto de presentar á nuestras lectoras el magnífico grabado que representa los abrigos más elegantes de la presente estación, y que á costa de tantos afanes y de tan considerables gastos, ha logrado adquirir el infatigable director de LA MODA. Como verán por los variados modelos que contiene esta gran plancha, las innovaciones introducidas este año en esa prenda importante, á que se da el nombre genérico de *paletó*, no son ni radicales ni muy exageradas, y tienden más bien á conservar ciertos modelos, que por su elegante sencillez y fácil aplicación á todas las edades y á todas las posiciones, son casi irremplazables. Así es que los paletós cortos, rectos ó semi-rectos, dominan como en los años anteriores. Entre los que pueden llamarse de última moda, señalaremos los que nos parecen más adaptables á nuestro clima y más en armonía con el gusto de las señoras españolas.

El paletó *Luna* es un abrigo elegantísimo: su forma semi-recta y algo más prolongada que la de los paletós cortos, le hace más propio para la estación de las nieves; su adorno, como se ve, es un simple biés de terciopelo negro, con un fleco de seda y unos cordones de pasamanería que caen sobre la capucha figurada. Servirá este abrigo principalmente para paseo.

El paletó *Maria Teresa* es más vistoso y de más lujo que el anterior. Es un modelo enteramente nuevo en su forma, y en cuanto á la guarnición de encaje, que sigue siendo de moda para los abrigos de terciopelo, puede reemplazarse con una guarnición de pasamanería. Para visita es este paletó más á propósito que para paseo.

No es ménos nuevo y elegante el paletó *Dea*. Como el anterior, va abierto por delante, dejando ver un chaleco que forma parte del paletó. Los chalecos son la gran novedad en los abrigos de este año. En los abrigos de terciopelo, el chaleco es de raso, y en los de paño, de terciopelo, siempre negro.

Los paletós de terciopelo están en minoría esta temporada. Se hacen casi todos de paño ó castor doble, sin forrar y adornados con bieses de terciopelo y pasamanería; puede adornarse también con pieles, mas para nuestro clima no vacilamos en aconsejar que se pongan en lugar de pieles los bieses ya indicados. ¡Nos parece tan exótico ver á una señora ostentando bajo el hermoso cielo de España un abrigo guarnecido todo de pieles, ni más ni ménos que si viviésemos en las tristes y heladas regiones de la Laponia!

Tampoco los sombreros han sufrido este año notable transformación; empiezan, no obstante, á perder su forma de platillo chino, y van convirtiéndose poco á poco en verdaderos sombreros, aunque siempre de reducidas dimensiones, dejando descubierta la parte posterior de la cabeza. Se les adorna profusamente con flores, encajes, plumas, etc. Las plumas, sobre todo, están muy en boga. En el número próximo consagraremos una página entera á los dibujos de sombreros, y entre ellos podrán escogerse modelos bellísimos de la más alta novedad.

En cuanto á vestidos, también podremos representar muy en breve los que la moda ha sancionado para la presente estación. Mientras tanto, advertimos á nuestras lectoras que no se inquieten, que los trajes cortos, ó mejor dicho rasantes, siguen llevándose como el año anterior, y la túnica ó segunda falda no parece dispuesta por ahora á abandonar el poder.

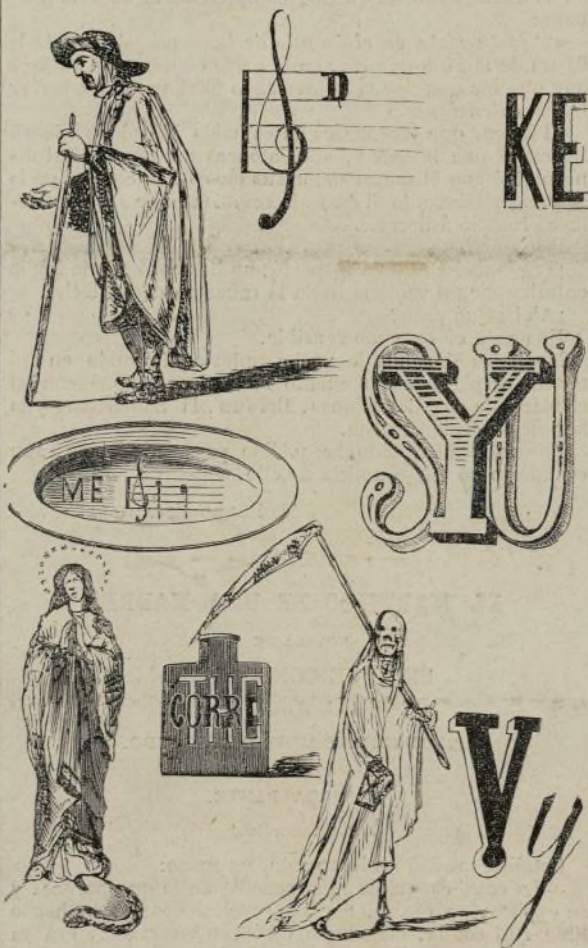


CROQUIS CON NÚMEROS PARA LA EXPLICACION DE LA PLANCHA DE ABRIGOS.

N.ºs 33 y 34. Paletó Luisa.—N.ºs 35 y 36. Talma Don Carlos.—N.ºs 37 y 38. Paletó Beatriz.—N.ºs 39 y 40. Paletó Dea.—N.ºs 41 y 42. Paletó Maria Teresa.—N.ºs 43 y 44. Paletó Camila.—N.ºs 45 y 46. Paletó Maria.—N.ºs 47 y 48. Paletó Luna.—N.ºs 49 y 50. Paletó Augusta.—N.ºs 51 y 52. Paletó Catalina.

Recomendamos á nuestras suscriptoras de Andalucía el comercio *Villa de Madrid*, situado en la calle de Francos, de la ciudad de Sevilla. En él encontrarán desde las telas más elegantes y costosas, hasta las más sencillas y de módico precio; pues su nuevo dueño, don Antonio Reyes, gracias á sus muchas relaciones en el extranjero y á su actividad, podrá corresponder al favor que el público le dispensa.

### GEROGLIFICO.



La solución en uno de los próximos números.

### ADVERTENCIA.

Habiendo recibido cuando teníamos ya muy adelantada la confección del presente número, los grabados cuyas aplicaciones se hallan en la hoja de patrones de gran tamaño, no podemos darles cabida á todos ellos, so pena de repartir el periódico con un retraso considerable.

Damos, pues, los principales, es decir, el de las *capas y paletós para niñas y niños*, y la magnífica plancha con los *abrigos de señoras y señoritas*, dejando para el número próximo, entre otros, los grabados de *sombreros de invierno*. Publicaremos en el mismo número los dibujos y explicaciones de adornos de pasamanería, tela y cinta para abrigos de todas clases.

### CORRESPONDENCIA.

Madrid 23 de Noviembre de 1870.

C. S., Lisboa.—Nada más inofensivo y más eficaz para conservar la dentadura, que machacar un carbon de pino, hasta que se haga polvo, pasarlo después por tamiz para que no conserve ningún pedacito grueso, y mezclarlo con un poco de quina en polvo.

El vestido para la niña debe hacerlo de *biarritz*, especie de *royal* de lana, y guarnecerlo con volantes y cintas de terciopelo. No hay inconveniente en hacerle túnica de lo mismo; pero también podrá usar un gabancito ajustado de terciopelo y sombrero de esto mismo.

A. R., Madrid.—Si no desea hacerse bata, la aconsejo compre raso de lana, ó reps gris, azul oscuro ó café tostado; hará la falda lisa, ó con bieses de la misma tela, corpiño alto, manga semi-ajustada con cartera, y cinturón con lazo y caídas cortas, pero anchas.

E. L. R., Baeta.—Es difícil encontrar un remedio eficaz para impedir la caída del cabello, pues si consiste en el excesivo calor del cerebro ó en otra causa análoga, es imposible evitarlo; sin embargo, indicaremos dos ó tres recetas. Libra y media de aceite añejo, medio cuartillo de vino blanco y media libra de abrótno verde, bien machacado y exprimido; se mezcla y se hace hervir tres veces, añadiendo á cada vez un poco de abrótno, y en la última se mezcla con dos onzas de grasa de oso; se usará frotándose el casco.

El vino blanco hervido con romero pasa como una de las cosas más experimentadas; el agua de la carne, con la cual se empapa diariamente el cabello y se frota la cabeza, no sólo impide la caída, sino también le hace brotar con abundancia.

D. F. F., Santa Cruz de Tenerife.—Habiendo pasado dos años y medio, puede sin reparo ninguno usar manto de granadina de seda, con velo de crespon, de encaje liso ó de tul.

Los colores para medio luto, son el negro y gris, el negro y blanco, el morado y negro, y el ceniza y morado. Telas de alpaca, cachemir, reps de lana, ó popelina; por ejemplo: si es de esta última tela decolor violeta, lo adornará con bieses negros, sean de crespon, sean de lana, ó vice-versa: si es gris, adornos negros ó morados, y ya no hay inconveniente use volantes, rizados ó bieses; segunda falda y toda clase de guarniciones, así como en el cabello, adornos violeta y negro, ó blanco y negro. También podrá hacer un vestido de seda negro, con adornos blancos, hoy muy en moda.

M. O. de A., Aranjuez.—El paletó *Maria*, puede hacerse también gris, ó habana, ó negro; pero el color marcado es más elegante y á propósito: podrá suprimir el chaleco, pues así también hará buen efecto.

En uno de sus próximos números, publicará LA MODA un artículo especial sobre la educación; en él encontrará contestada su pregunta, pues hacerlo aquí sería demasiado extenso.

E. O. de P., Coimbra (Portugal).—La Administración procurará complacer á las señoras suscriptoras en todo lo que sea posible, y he cumplido su encargo indicando lo de los dibujos. Con respecto á la colcha, compre estambre trancés azul y blanco, ó flor de grana y blanco. Las más bonitas son de listas: por ejemplo, una lista grana con estrellas blancas y otra blanca con labrado grana: es mejor en lugar de bordarla labrar el dibujo al mismo tiempo, advirtiéndole que el punto *tunecino* vaya un poco apretado, pues hace mejor efecto.

Después se forra con tela de lana, blanca ó grana, y se algodona.

El fleco puede hacerse también: se ejecuta una cadeneta doble, y después se hacen dos cadenetas al aire y se echa nueve veces la hebra en la aguja, con lo cual formará lindísimos canchicos: una vuelta de un color y otra del otro, y la borla del fleco lo mismo.

M. de O., Madrid.—Mil gracias por su atención. Celebro que mi libro *Almacén de las señoritas*, le sea tan necesario á sus niñas: la letra inglesa es hoy la más adoptada y elegante. El francés y el inglés, no sólo debe aprenderlos por lujo una señorita, sino que son casi indispensables para completar su educación.

V. H., provincia de Palencia.—Siendo con hilo llamado *alambrado* y muy fino, quedará el cuello lindísimo, y esa labor de *crochet* parecerá un encaje. La corbatita de tul con puntillas blancas, sirve más bien para trajes de mañana ó de casa, que para lo que indica.

C. L., Jimena.—He hallado en uno de los mejores establecimientos de modas unos abrigos muy á propósito para señora de alguna edad, cuyos precios son desde 180 reales en paño y desde 280 en castor negro, todos del mayor gusto.

Para jóvenes los están aguardando de la mayor elegancia, y los habrá de 200 reales en adelante.

A. M. y C., Linares.—Por el correo le remito muestras de la tela que se usa más en abrigos de mañana, los cuales los hay desde 170 reales en adelante.

Si se quieren de felpa, también los hay muy elegantes desde 180 reales.

F. G. de A., Cádiz.—Se le ha remitido la media pieza de galoncillo angosto y el hilo que pedía.

De los demás anchos no quedan, pues siendo artículo que sólo se confecciona en París, no es posible por ahora traer otro surtido.

R. R., Gijón.—Se le ha remitido el cuarto de pieza de galoncillo, las cuatro dobles madejas para encaje inglés y la rodadera.

LA BARONESA DE WILSON.

### SOLUCION DEL GEROGLIFICO INSERTO EN EL NÚM. 41.

No habiéndose recibido de las señoras suscriptoras ninguna solución al gerooglífico inserto en el núm. 41, la redacción de LA MODA la publica á continuación:

En amor el fondo no es nada, y las apariencias lo son todo.

MADRID.—IMPRESA DE T. FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.